

NOTAS PARA UNA PROPEDEUTICA A LA HISTORIA DE LA HISTORIOGRAFIA

Hasta la fecha se han compuesto unas cuantas *Historias de la historiografía* y varios teorizadores —Croce, Collingwood, Aron, Maravall, Stern, etc.— han trazado algunas reflexiones sobre la materia o, por lo menos, aplicables a ella. No hemos tenido sin embargo la suerte de dar —ni tampoco sabemos si existe— con un ensayo de presentar orgánicamente esas referencias aisladas y de acompañarlas de algunas consideraciones y ejemplos que permitan formarse una idea aproximada del significado, alcance y evolución de esta disciplina. A ello tienden las presentes notas, que sólo aspiran a ser un trazado provisional, abierto a la revisión.

Historia de la historiografía e Historia del pensamiento.

La *Historia de la historiografía* ⁽¹⁾ —o *Historia de la historia* como también suele llamársela— ha tardado en organizarse como disciplina de contenido propio porque, por una parte, las historias especiales —del arte, de la literatura, de la economía, etc.—, comenzaron a aparecer sólo desde el siglo XVIII y porque, por otra, durante mucho tiempo se consideró a la historia como una rama de la literatura. El historiador profesional, tal como lo entendemos hoy, es un producto alemán del siglo pasado (Niebuhr, Ranke, etc.).

La *Historia de la historiografía* es una forma de la *Historia de la cultura* y, dentro de ésta, una forma de la *Historia del pensamiento*, entendiendo por pensamiento no un proceso abstracto o un mero esquema intelectual separado de su situación y como flotando en el vacío sino un proceso circunstanciado a lo Ortega y Gasset, en el que cada pensamiento es presentado como una respuesta concreta de un hombre frente a una situación concreta ⁽²⁾.

La Historia de la historiografía se conecta con el desarrollo de la metodología histórica y con las diversas teorías de la historia que se van suce-

(1) El vocablo *historiografía* con el sentido de "trabajo del historiador" asoma en el siglo I d. C. en la prosa griega del *Contra Apion* de Flavio Josefo; en cuanto a "arte de escribir la historia" —poniendo el acento en los requisitos retóricos— parece haber sido empleado por primera vez en 1638 en la *Philosophia rationalis* de Tommaso Campanella.

(2) En lugar de *Historia del pensamiento* suele hablarse de *Historia de las ideas*, y no hay inconveniente mientras se acepte el criterio que acabamos de asentar; el término *ideas* suele, empero, reservarse para los procesos abstractos mencionados.

diendo. Hay para cada época una influencia recíproca entre la producción histórica por un lado y los progresos metodológicos y las teorías de la historia en auge por otro. Esto no significa, empero, que los buenos historiadores sean siempre capaces de reflexionar sobre su obra para extraer de ella acertadas reglas metodológicas o valiosas conclusiones teóricas, ni que, a la inversa, todo metodólogo sagaz o agudo teorizador haya de convertirse en un historiador de extremada competencia.

En las historias corrientes —políticas, económicas, etc.— se dan dos niveles cronológicos:

- 1º El del historiador.
- 2º El del objeto estudiado, i. e. el de la época considerada.

En la Historia de la historiografía se añade un nivel más:

- 1º) El del historiador de la historiografía.
- 2º) El del objeto estudiado, i. e. el de los historiadores considerados con sus respectivas obras.
- 3º) El de la época tratada en dichas obras.

Así, en el *Essai sur Tite Live* por Taine, el primer nivel corresponde al siglo XIX, el segundo a los siglos I a. y d. C., y el tercero abarca desde el siglo VIII al I a. C. ⁽³⁾.

El historiador de la historiografía, desde el primer nivel en que se halla ubicado, dirige sólo accesoriamente su atención al tercero y la centra en el segundo, ya que en éste encuentra los elementos que le permiten alcanzar su objeto: recrear en su mente e interpretar el pensamiento de los historiadores de que se ocupa, pensamiento que ha de estudiar primero individualmente y estructurar luego según categorías cronológicas, temáticas, etc.

La misión de la Historia de la historiografía es ofrecer una visión de conjunto de la evolución del pensamiento historiográfico en cuanto uno de los capítulos de la Historia de la cultura. Este saber teórico al que apunta el historiador de la historiografía proporciona en la práctica al estudioso una serie de nociones previas para un mejor aprovechamiento de su frecuentación directa de las obras históricas. En otras palabras, el contemplar, en el ámbito de la producción historiográfica, desde una adecuada perspectiva a una obra histórica y a su autor, es algo valioso en sí mismo si permanecemos en el plano propio de la Historia de la historiografía y, saliendo de él, resulta un instrumento de suma utilidad para el investigador que desee servirse de la información contenida en esa obra, pues lo capacita para manejarla con los recaudos críticos pertinentes.

Siendo los elementos de juicio sustentadores de la función teórica que acabamos de asignar a la Historia de la historiografía de data no lejana,

⁽³⁾ Podría, asimismo, aparecer un cuarto nivel cronológico, si llegara a componerse una Historia de la historia de la historiografía: en este caso, el objeto de estudio —los historiadores de la historiografía— seguiría situado en el segundo nivel cronológico, correspondiendo al tercer nivel los autores estudiados por los historiadores de la historiografía y, al cuarto, la época tratada por dichos autores. No siendo tan remota la posibilidad de una Historia semejante, que verse sobre los historiadores de la historiografía de enfoque positivista, sobre los de enfoque historicista, etc., la mención de este cuarto nivel cronológico no resulta bizantina como lo sería la de los niveles siguientes, sólo dables teóricamente.

resulta indispensable preguntarse por los puntos de vista anteriores —explícitos o implícitos— relacionados con la disciplina, y aun por su formación misma.

Formación de la disciplina.

A partir de la breve revista ciceroniana a los historiadores griegos en el diálogo *De Oratore*, se dan variados intentos de bibliografías históricas —desde simples listas a elencos críticos que apuntan a una valoración—, que se vuelven más numerosos durante los años de la Ilustración. Recordemos, a título de ejemplos, que en el siglo XVI, en su *Methodus ad facilem historiarum cognitionem* (París, 1572), Jean Bodin consigna historias generales y particulares cuyos autores se escalonan de Moisés a Paolo Giovio y de Heródoto a Pietro Bembo, respectivamente; que en el siglo XVII, Gerhard Johannes Voss publica sus trabajos *De historicis graecis* y *De historicis latinis* (Leyden, 1624 y 1627), mientras que, en el XVIII, ven la luz, entre otros, tanto el abarcador *Commentarius criticus de scriptis et scriptoribus historicis* (Ingolstadt, 1761) del padre Heinrich Schüz, que incluye a historiadores antiguos y modernos sobre temas eclesiásticos y profanos, como la circumscripción *Notizia degli scrittori della storia antica del Messico* que precede a la *Storia antica del Messico* (Cesena, 1780) del jesuita veracruzano Francisco Javier Clavijero. No constituyen en rigor estos escritos un pronuncio cabal de la Historia de la historiografía de la próxima centuria; se acercan más a ella los tres nutridos capítulos que en *Dell'origine, progressi e stato attuale d'ogni letteratura* (Parma, 1787 y 1799) dedica a las producciones históricas civiles y eclesiásticas desde los orígenes hasta sus contemporáneos iluministas un ignaciano español, el padre Juan Andrés.

El juicio de Hegel acerca de que en la Alemania de su tiempo la historia crítica es encarada de tal modo que "no es la historia misma" lo que se cultiva sino "la historia de la historia" y de que de ello es ejemplo la *Roemische Geschichte* de Niebuhr (Berlín, 1811-1832) (4), puede inducir a error. Niebuhr, en efecto, se vale de los historiadores antiguos pero no le interesan sus escritos como tema de estudio sino el espigar en ellos datos que analiza y compara, o sea, que no le importan las obras por sí mismas como un fin sino como un medio —como fuentes, en suma— por las referencias que sobre la historia política, militar, etc. de Roma le proporcionan. Por esas décadas se estampan en la propia Alemania obras que sí pueden ser adscriptas a la Historia de la historiografía, como la *Geschichte der historischen Forschung und Kunst seit der Wiederherstellung der literarischen Kultur in Europa* de Johann F. L. Wachler (Gotinga, 1812-1820) y como la *Zur Kritik neuerer Geschichtschreiber* de Leopold von Ranke (Berlín, 1824).

Sin embargo, para contar con una exposición global de la disciplina han de correr todavía, según nuestras noticias, ocho lustros. En 1865, Gabriele Rosa publica en Milán su *Storia generale delle storie*, que abarca desde las formas incipientes de la historiografía antigua hasta Mommsen, y en 1884, también en Milán ve la luz la *Storia della storia* de Angelo De Gubernatis,

(4) JORGE GUILLERMO FEDERICO HEGEL, *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, trad. por José Gaos, 3ª ed., t. I, Madrid, Revista de Occidente, 1953, p. 161.

en la que amplía sensiblemente la visión de Rosa: puede considerarse que por estos años quedan echadas las líneas generales exteriores de la Historia de la historiografía⁽⁵⁾. La obra de Rosa, calificada por Croce de menos que mediocre⁽⁶⁾, si de poco momento por su realización, es destacable por la intención que la informa: componer la Historia de las historias que el progreso e importancia alcanzados por los estudios históricos reclaman con urgencia, concibiendo, eso sí, a la historiografía —¡tanto puede la costumbre!— como una nueva rama de crítica y de doctrina literarias⁽⁷⁾.

Al lado de estos estudios que tienden a cubrir todo el campo de la producción histórica, empiezan a componerse estimables monografías referentes a sendos historiadores, en las que se enfoca exclusivamente su labor como tales o la totalidad de sus vidas, dentro de las cuales el quehacer historiográfico representa un capítulo importante. En 1855, la Academia Francesa premia a Hippolyte Taine por su *Essai sur Tite Live*; entre 1877 y 1882 se imprimen en Florencia los tres volúmenes de *Niccolò Machiavelli e i suoi tempi* de Pasquale Villari, etc. Estos trabajos suelen aportar —como sigue ocurriendo actualmente— datos y reflexiones de interés para los historiadores que se aplican a conocer la evolución de la historiografía en su conjunto o, cuando menos, en parcelas más vastas.

Sólo en el segundo decenio del presente siglo, con las clásicas obras de Eduard Fueter y de Benedetto Croce cuya amistad no fue de seguro un hecho sin trascendencia científica —*Geschichte der neueren Historiographie* (Munich y Berlín, 1911) y *Zur Theorie und Geschichte der Historiographie* (Tubinga, 1915), respectivamente—, la Historia de la historiografía habrá de alcanzar su madurez y, en consecuencia, su plena autonomía. Croce desarrolla una exposición matizada y sintética construida sobre una sólida base conceptual explícita, en tanto que Fueter se dedica a una investigación más menuda, cuyos presupuestos teóricos quedan implícitos.

Concepción positivista.

De los antecedentes expuestos, surge que la Historia de la historiografía, esbozada bajo el signo romántico, termina de configurarse —aunque sin alcanzar su sazón— bajo la égida del positivismo.

Se cree por entonces respecto de la historia en general que, paulatinamente, pueden ir acumulándose los datos históricos —los venerados “hechos positivos”— y disipándose los errores hasta llegar al conocimiento exhaustivo de un tema. Se obtiene así un resultado incommovible, permanente y, sólo en el caso de que aparezcan nuevos documentos que modifiquen el panorama, será preciso rehacer ese fragmento de historia.

(5) En una sucinta reseña sobre el tema, Carbia menciona como precursoras a las obras de Schüz, Wachler, Ranke, Rosa y Lisio. Cfr. RÓMULO D. CARBIA, *Introducción a Angel De Gubernatis, Historia de la historiografía universal* con ampliaciones y notas de Rómulo D. Carbia y Juan F. Turrens, Buenos Aires, C.E.P.A., 1943, p. 10-13. Es de señalar que Lisio llega a conocer, siquiera en parte, el pensamiento de Croce, quien juzga su obra benignamente. Cfr. GIUSEPPE LISIO, *La storiografia, Milano, Vallardi, s. a., Introduzione*; BENEDETTO CROCE, *Storia della storiografia italiana nel secolo decimonono*, 3ª ed., v. II, Bari, Laterza, 1947, p. 162.

(6) CROCE, *Idem*, p. 105.

(7) GABRIELE ROSA, *Storia generale delle storie*, 2ª ed., Milano, Ulrico Hoepli, Hoepli, 1873, p. 19.

Estos supuestos inciden de tres maneras sobre la Historia de la historiografía:

1. Estrechan el ámbito de su problemática.

Siendo su cometido historiar la búsqueda de la verdad histórica, se considera que cuando ésta ha sido hallada, su misión ha terminado, puesto que esa verdad es una adquisición definitiva. Por lo tanto, la Historia de la historiografía se ocupa de:

- a) Historiar la búsqueda de la verdad: como en esta búsqueda lo único susceptible de variación son los métodos de investigación, el estudio de la evolución de dicho herramientaje del historiador constituye uno de sus dos objetos.
- b) Dar una especie de catálogo o repertorio de los historiadores y de sus respectivas obras, valorando sobre todo los nuevos datos, ya que éstos representan, en última instancia, el aporte parcial de cada obra para el logro de la verdad completa sobre un tema. Para cumplir con esto, la atención del historiador de la historiografía debe desplazarse del segundo nivel cronológico, que le es propio, al tercero, que sólo ha de interesarle complementariamente, o sea que debe pasar de la realidad en que se sitúan los historiadores y sus obras a la realidad estudiada en las obras de esos historiadores.

2. Desnaturalizan su carácter preferentemente teórico.

Al confrontar entre sí las diversas historias o los datos contenidos en ellas, para averiguar si constituyen o no un aporte para el conocimiento de un tema determinado, el historiador de la historiografía abandona el campo de la comprobación de los hechos —donde sólo se establecen las relaciones entre cada obra y su circunstancia— para internarse, a través de comparaciones que desembocan en juicios positivos o negativos, en el campo de las *valoraciones prácticas* (8).

3. Estorban su propio desarrollo como disciplina autónoma.

Si las obras históricas antiguas interesan no por sí mismas sino por los datos que aportan y estos datos pueden ser recogidos en obras históricas nuevas, las primeras quedan prácticamente anuladas (9). En estas condiciones, una vez que se les han extraído los elementos útiles, muy poco es lo que importa conocerlas en su totalidad y, por consiguiente, se desfigura el sentido de la Historia de la historiografía.

El criterio positivista suele asomar en las Historias de la historiografía asumiendo las más variadas formas. Rosa proclama la necesidad de "una *Historia racional y positiva de la historia*", como un instrumento que permita conocer adecuadamente el material de una abundancia cada vez más abrumadora con que han de enfrentarse los historiadores: "¿Cómo estar al día —se pregunta— con tanto movimiento, aumento y progreso de estudios sin lúcidas recopilaciones y coordinaciones económicas de hechos y de jui-

(8) Ver nota 17.

(9) Esto ha sido señalado por Ramón Iglesia en el *Prefacio* de sus *Cronistas e historiadores de la conquista de México. El ciclo de Hernán Cortés*, México, El Colegio de México, 1942, p. 11.

cios?" (10) Louis Halphen afirma, al pasar, que sin el sostén de largos trabajos de erudición, "la historia está condenada a eternas repeticiones" (11). En nuestro medio, Rómulo D. Carbia sostiene en la *Advertencia prologal* a su *Historia crítica de la historiografía argentina* que "para mejorar nuestro conocimiento del pasado no basta editar documentos inéditos: es necesario, paralelamente, aquilatar los relatos historiográficos que nos han antecedido". La intención práctica, valorativa de los materiales con que cuenta el historiador para el esclarecimiento del pasado argentino se refuerza con los límites que asigna a su investigación: versará sobre todos los historiadores —nacionales y extranjeros— que hayan escrito sobre lo argentino, pero excluirá a los nativos que se hayan ocupado en temas históricos foráneos (12). No apunta, pues, a averiguar cuál es el tono de la producción historiográfica en la Argentina en un período dado, sino a saber cuáles son las verdades seguramente establecidas acerca de un asunto determinado.

Concepción historicista.

El positivismo peca por estrechez de miras al creer que sólo la aparición de nuevos documentos o de nuevas técnicas metodológicas puede llevar a rehacer la historia ya escrita y tenida en un momento por verdadera. Para el historicismo no hay una historia definitiva. Y esto porque ella no depende exclusivamente de los materiales heurísticos sino también del historiador que la compone quien es, a su vez, en gran medida, hechura de su tiempo.

Se da una influencia mutua entre pasado y presente: por una parte, el pasado se contiene en el presente y a través de él pesa sobre el historiador; por otra, cada historiador reconstruye el pasado en función de su presente, el cual no sólo le dicta nuevas respuestas para viejas preguntas sino que, además, le sugiere nuevos interrogantes (13). Así, aunque el pasado estudiado sea el mismo, el punto de vista del historiador se va desplazando según las épocas —implicadas su propia personalidad y la sociedad a que pertenece—, de suerte que cada presente tiene un pasado que le es propio (14). En este sentido, Henri I. Marrou, habiendo sintetizado el pensamiento de

(10) ROSA, *op. cit.*, p. 16 y 19.

(11) LOIS HALPHEN, *L'histoire en France depuis cent ans*, Paris, Armand Colin, 1914, p. 3.

(12) RÓMULO D. CARBIA, *Historia crítica de la historiografía argentina*, ed. definitiva, Buenos Aires, Coni, 1940, p. XIX-XX.

(13) En el léxico de Toynbee, las nuevas preguntas constituyen "desafíos intelectuales", nacidos del medio social o de la experiencia personal, que esperan la "respuesta creadora" del historiador. Cfr. ARNOLD J. TOYNBEE, *A Study of History*, 2ª impr., v. X, London, Oxford University Press, 1955, p. 59-112.

(14) Cfr. JOHAN HUIZINGA, *En torno a la definición del concepto de Historia*, en *El concepto de Historia y otros ensayos*, trad. por Wenceslao Rocés. México, F. C. E., 1946, p. 93-96; ROBIN GEORGE COLLINGWOOD, *Idea de la Historia*, trad. por Edmundo O'Gorman y Jorge Hernández Campos, México, F. C. E., 1952, p. 285-286; JOSÉ ANTONIO MARAVALL, *Teoría del saber histórico*, Madrid, Revista de Occidente, 1958, p. 175-176, 191; RAYMOND ARON, *Dimensions de la conscience historique*. Paris, Plon, 1961, p. 11-15; ALFRED STERN, *La philosophie de l'Histoire et le problème des valeurs*, Paris, Centre de documentation universitaire, 1962, p. 100-105; CARLOS A. BALIÑAS, *El acontecer histórico*, Madrid, Rialp, 1965, p. 151-152; etc.

los teorizadores actuales sobre la relatividad del conocimiento histórico mediante la siguiente fórmula

$$H = \frac{P}{p}, \text{ o sea, historia} = \frac{\text{pasado estudiado}}{\text{presente del historiador}},$$

afirma que, así como en los retratos asoman las personalidades del retratado y del retratista, en la historia se conjugan la verdad sobre el pasado y el testimonio sobre el historiador (15).

El descubrimiento de que los enfoques historiográficos cambian, de que el conocimiento de un mismo pasado varía según las épocas, realizado en el momento propicio en que la historia ya había estabilizado su método, abrió amplios horizontes a la Historia de la historiografía. Siguiendo este criterio historicista, proponemos definirla con el *estudio de los cambios en la relación entre el historiador y su objeto reflejados en la producción historiográfica*. No se trata, huelga advertirlo, de cambios imprevisibles, surgidos al azar: la precisión de ajustarse a hechos documentados y de ceñirse a posibilidades lógicas de interpretación limitan la subjetividad del historiador. Observadas las mutaciones, se advierte que cada concepción historiográfica nueva es posibilitada por la inmediata anterior, algunos de cuyos ingredientes suele conservar aun sin sospecharlo. Además, por mucho que se modifique la perspectiva del historiador respecto de su objeto, el conocimiento de éste descansa siempre sobre un núcleo sustantivo e invariable —salvo nuevos descubrimientos— de materiales reunidos por la heurística.

La Historia de las obras históricas, según observa Raymond Aron, resulta particularmente complicada ya que debe "tener en cuenta las naciones y los momentos, las clases sociales y las metafísicas, las teorías estéticas y los procedimientos científicos" (16). Se busca ahora, en efecto, llegar a comprender las obras de historia, no mirándolas como algo superado, sino como elementos de la realidad de una época dada: situándolas en ella, el historiador de la historiografía procura poner de manifiesto cuáles eran las concepciones historiográficas de entonces, en vista de qué lectores y de qué fines fueron concebidas y, sobre todo, quiénes fueron sus autores, cómo sus vidas y costumbres, de qué manera sintieron y pensaron, y por qué, en suma, veían los hechos del pasado como los veían. Esta inserción de las producciones historiográficas en una estructura que las dote de sentido, aunque sea una labor ambiciosa y compleja, no obliga al historiador de la historiografía a salirse del ámbito de la *avaloración teórica* que le es propio, puesto que sólo le plantea el problema de la significación que cada obra e historiador revisten para la cultura de su época respectiva (17).

(15) HENRI-IRÉNÉE MARROU, *De la connaissance historique*, 4ª ed., Paris, Editions du Seuil, 1959, p. 229, 231.

(16) RAYMOND ARON, *Introducción a la filosofía de la historia*, trad. por Angelita H. de Gaos, Buenos Aires, Losada, 1946, p. 500.

(17) Rickert sostiene que al historiador, siendo un teórico de la historia, sólo le incumbe, en cuanto historiador, la *avaloración teórica* de sus objetos, la cual permanece en el terreno de la comprobación de los hechos y se limita a constatar la importancia o significación que éstos tuvieron dentro de su circunstancia. No corresponde, en cambio, al historiador la *valoración práctica*, que enjuicia positiva o negativamente a los hechos históricos. En el primer caso se da una referencia teórica a valores; en el segundo, una toma de posición práctica respecto de ellos. Cfr. HEINRICH RICKERT,

Para llevar a cabo su investigación, el historiador de la historiografía deberá: a) dirigir su mirada al segundo nivel cronológico, donde se sitúan los autores con sus obras, para considerarlos por sí mismos y en su relación con los hechos políticos, económicos, científicos, artísticos, etc. correspondientes a ese mismo nivel; b) informarse sobre el tercer nivel cronológico —el pasado de que tratan los historiadores estudiados— básicamente por vías ajenas a las obras de los autores examinados y sólo subsidiariamente a través de ellas. El análisis minucioso y agudo de dichas obras no sólo aportará indicaciones sobre la circunstancia de éstas sino también sobre sus autores, indicaciones que habrán de completarse con el testimonio de contemporáneos. Dicho análisis es siempre requisito *sine qua non*, so pena de conducirse como aquellos de quienes se burla Charles Péguy porque, al buscar información sobre un texto en todas partes menos en el texto mismo, sin percatarse de que permaneciendo en él gozan del privilegio de hallarse instalados en el corazón de la materia, proceden como si salieran de su casa para ir a la casa más alejada y, desde ella, con muchos instrumentos y cálculos entrever algo de la suya abandonada⁽¹⁸⁾. Bien entendido, añadamos, que tampoco ha de desdeñarse la perspectiva alcanzada desde la casa ajena...

El criterio historicista se ha abierto camino en los dominios de la Historia de la historiografía desde las obras de Fueter y de Croce. En 1937, Harry E. Barnes, partiendo de la base de que la historiografía es un producto histórico y de que, como tal, ha de considerarse inmersa en la cultura de donde surgió, advierte que en su *A history of historical writing* se ha esforzado por señalar la especial contribución personal de algunos historiadores y, a la vez, las influencias intelectuales presentes en la formación de sus concepciones históricas⁽¹⁹⁾. Pocos años después, Benito Sánchez Alonso establece, por su parte, que en su *Historia de la historiografía española* ha de dar cabida a todas las obras históricas compuestas por españoles, aunque se refieran a la historia universal o extranjera, ya que sólo el conjunto de esas producciones ha de permitirle captar la noción que de la disciplina historiográfica se han formado los hombres de cada período⁽²⁰⁾.

Siendo palmaria la fecundidad del enfoque historicista para la comprensión de las obras históricas, incurriremos en la redundancia de encarecerla con la alusión a un capítulo de nuestra propia Historia de la historiografía. El *Ensayo de la historia civil del Paraguay, Buenos Aires y Tucumán* que el deán Funes publica entre 1816 y 1817, juzgado desde la concepción positivista, carece de valor, pues, limitándose a seguir —y a plagiar, según algu-

Ciencia cultural y ciencia natural, trad. por Manuel García Morente, 3ª ed., México, Espasa Calpe, 1952, p. 144-147; *Idem, Introducción a los problemas de la filosofía de la historia*, trad. por Walter Liebling, Buenos Aires, Nova, 1961, p. 69-88. Para una exposición breve y didáctica del problema, V. JORGE LUIS CASANI y A. J. PÉREZ AMUCHÁSTEGUI, *Del epos a la historia científica*, Buenos Aires, Nova, 1961, p. 198.

(18) CHARLES PÉGUY, *Victor Marie, Comte Hugo*, 5ª ed., Paris, Gallimard, 1934, p. 205-208.

(19) HARRY ELMER BARNES, *A history of historical writing*, 2ª ed., New York, Dover Publications, 1962, p. IX. Lo citado pertenece al prefacio de la 1ª edición, de 1937.

(20) BENITO SÁNCHEZ ALONSO, *El concepto de historiografía española*, en *HIS- PANIA*, nº XI, abril-junio 1943, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1943, p. 188-189.

nos— a los cronistas jesuíticos, casi no aporta nuevos datos, y aun tergiversa muchos, sobre la época colonial de que se ocupa. ¡De cuánta significación se reviste, en cambio, si, a la luz de su dedicatoria "A la Patria", se lo ubica en la estructura de la Revolución y se lo reputa como un arma más de ese combate perentorio, en aras del cual le es lícito hasta dudar de la buena fe de las leyes de Indias!

Eventual función ancilar de la concepción positivista.

Hasta ahora hemos tratado de caracterizar a la concepción positivista y a la historicista subrayando sus divergencias y con rasgos de una nitidez que, legítima en teoría, resultaría utópica en la práctica. Es obvio que, de hecho, no hay una Historia de la historiografía que constituya un espécimen puro de uno u otro enfoque.

La tónica positivista de los pioneros de la disciplina se ve atenuada por la perduración más o menos consciente de algunas nociones historicistas caras al romanticismo (21). Así, por ejemplo, al prolongarse la vigencia del concepto de individualidades epocales-nacionales, Rosa encuentra muy natural declarar que no prestará mayor atención a los autores aislados pues le interesan en tanto reflejo de los tiempos y las circunstancias, en una palabra, en tanto símbolos de la cultura que han vivido (22). A su vez, los que cultivaron, quizá sin proponérselo, una Historia de la historiografía de corte positivista en momentos en que ya el clima se había vuelto historicista, suelen revelar la distinta calidad del aire que respiran. En más de una ocasión, la realidad que estudia se impone a Carbia: para no citar sino un caso, recordemos que presenta la labor historiográfica de los componentes de la comisión de límites con Portugal —Azara, Aguirre, Alvear— como una respuesta a los afanes iluministas de la época (23).

Paralelamente, y por aquello de que "acaso no hay una sola obra histórica de importancia que esté *totalmente* libre de valoraciones positivas o negativas" aunque éstas no incumban al historiador en cuanto tal (24), conviene anotar que en las Historias de la historiografía elaboradas con criterio historicista se emiten con frecuencia juicios que evalúan las aportaciones para el mejor conocimiento de ciertos temas contenidos en las obras consideradas. Y no está mal que así sea, a condición de que el historiador valorante tenga conciencia de que no es ésa su misión específica. En efecto, estos juicios, a través de los que el historiador de la historiografía da una idea de la "altura" alcanzada por el saber histórico acerca de un asunto determinado, no han de interesarle por sí mismos —semejante interés queda reservado al historiador que haya de trabajar sobre ese asunto y necesite contar con una *mise au point*—

(21) El pensamiento romántico, exquisitamente dotado para la captación de lo histórico, tenía en su haber observaciones tan felices como la siguiente de Abel-François Villemain: "La historia cambia, se transforma, y puede ofrecer en sus diversos aspectos una igual verdad, según el punto de vista en que se coloque el escritor, según el carácter de su genio, de su época o del objeto especial que se proponga alcanzar". Apud VICENTE FIDEL LÓPEZ, *Curso de bellas letras*, Santiago, Imprenta del Siglo, 1845, p. 210.

(22) ROSA, *op. cit.*, p. 27.

(23) CARBIA, *Historia crítica cit.*, p. 34-36.

(24) RICKERT, *Ciencia cultural cit.*, p. 148.

sino en cuanto esa "altura" del saber a que ellos se refieren constituye uno de los ingredientes —bien que subjetivamente estimado— de la circunstancia propia de las obras que él estudia.

El enfoque acentuadamente historicista de la actual Historia de la historiografía no excluye entonces del todo la apreciación positivista, antes bien, la acoge de buen grado con tal de que se conforme con un modesto papel auxiliar.

Configuración de los resultados de la investigación.

El historiador de la historiografía, como todo historiador, selecciona los hechos que estudia de acuerdo con su proyecto historiográfico. De éste —y, en última instancia, de los valores que lo informan— depende pues la estructura que de los resultados de sus investigaciones ofrezca.

A) Configuración basada preferentemente en caracteres externos.

Los autores con sus obras se ordenan según se han ido dando cronológicamente.

Esta forma lineal es la característica de la Historia de la historiografía positivista, como la más adecuada para dar cuenta de la progresiva acumulación de verdades por la reseña de los aportes de las sucesivas producciones. Ha sido, empero, usada en gran medida por la de concepción historicista, quizá no tanto por inercia como porque es fácil dotarla de otro espíritu con sólo preocuparse por que las etapas del devenir coincidan con formas de cultura, en cuanto unidades de sentido datables, y proporcionen así la pauta para ir ubicando y caracterizando la historiografía clásica (helénica y helénica), la medieval, la renacentista, la iluminista, la romántica, la positivista y la historicista. Es lo que hacen Croce y Collingwood con una nomenclatura muy semejante.

Dentro de esta solución, y según los historiadores de la historiografía aspiren a ocuparse de las producciones de todos los tiempos o sólo de las de un período, se pueden distinguir "historias globales" —Harry E. Barnes, *A history of historical writing*, 1937; James W. Thompson, *A history of historical writing*, 1942; etc.— e "historias epocales" —George P. Gooch, *History and historians in the nineteenth century*, 1913; James T. Shotwell, *An introduction to the history of history*, referida a la historiografía antigua, 1922; etc.—; y, si el punto de vista temporal se combina con el espacial, aún cabrá añadir "historias nacionales globales" —Rómulo D. Carbia, *Historia de la historiografía argentina*, 1925; Joaquim Veríssimo Serrão, *Historia breve da historiografia portuguesa*, 1962; etc.— e "historias nacionales epocales" —Louis Halphen, *L'histoire en France depuis cent ans*, 1914; Benedetto Croce, *Storia della storiografia italiana nel secolo decimonono*, 1920; etc. (25).

La expresión más simple y abundante de este tipo de configuración está constituida por las monografías destinadas al análisis de la obra total o

(25) Bajo el patrocinio de la "Comisión de Historia" del "Instituto Panamericano de Geografía e Historia" se halla en vías de publicación una serie de *Historiografías* de los países americanos, algunas de las cuales alcanzan los contornos de verdaderas Historias de la historiografía.

parcial de un historiador —Angel Acuña, *Mitre historiador*, 1936; Gaston Colin, *Xénophon historien d'après le livre II des "Helléniques"*, 1933; etc.—, ya se la considere como simple aporte, ya como una respuesta a su circunstancia.

B) Configuración basada preferentemente en caracteres internos.

De entre las varias categorías posibles dentro de esta configuración —más propicia al enfoque historicista aunque, por lo general, admita también el positivista— señalaremos dos: la temática y la teleológica.

1) Temática.

a) De transición.

El historiador de la historiografía circunscribe su estudio a una de las parcelas temáticas representadas por ciertos tipos historiográficos como historias especiales y biografías, o por facetas fundamentales de la obra historiográfica, como la metodológica, ⁽²⁶⁾ y suele presentar linealmente los resultados de su investigación. El ordenamiento de transición que frecuentemente se observa nace de que, aun partiendo de un criterio selectivo apoyado en caracteres internos, el historiador suele optar por una sistematización final meramente cronológica.

Al tratamiento de la Historia de las historias especiales se han dedicado: obras íntegras como la *Storia delle storie letterarie* de Giovanni Getto (1942), que, en rigor, trata de la Historia de la historiografía literaria italiana; numerosos párrafos dispersos, como los de la *Introduzione allo studio della storia economica* de Amintore Fanfani (1942), destinados a la Historia de la historiografía económica; algún capítulo especial como el de los *Elementos de historia del derecho* de Aníbal Bascuñán Valdés (1954) que se refiere a la Historia de la historiografía jurídica ⁽²⁷⁾. Se ha elaborado, asimismo, más de una *Historia de la biografía*: llevan exactamente este título los libros del argentino Exequiel César Ortega (1945) y del chileno Hernán Díaz Arrieta (s. a.), que apuntan a una consideración global; existen también enfoques circunscriptos como el nacional epocal de José Luis Romero

⁽²⁶⁾ Los tipos historiográficos responden, según Romero, a cuatro formas regulares básicas de intelección del pasado, las cuales dependen de los elementos históricos que se adopten como principios ordenadores. Cfr. JOSÉ LUIS ROMERO, *Los tipos historiográficos*, en *La historia y la vida*, La Plata, Yerba Buena, 1945, p. 95-100. Aplicando dichas pautas a los dos casos que mencionamos, las historias especiales serían un tipo historiográfico que parte de la intelección de *productos objetivos de la actividad humana*, enfocados aquí como formas autónomas de creación (arte, religión, economía, etc.); en tanto que las biografías serían un tipo historiográfico que responde a la intelección de los *agentes históricos*, concebidos en ellas como individuos. Respecto de lo metodológico, lo incluimos en la consideración de los caracteres internos no sólo porque para deslindarlo hay que penetrar en las obras históricas sino porque cabe concebir al método como el lado operativo de las diversas concepciones historiográficas.

⁽²⁷⁾ De aspectos teóricos de la Historia de la historiografía jurídica nos ocupamos en las Primeras Jornadas de Historia del Derecho Argentino organizadas por el Instituto de Historia del Derecho de la UNBA, en octubre de 1967. Cfr. *En torno a la problemática de la Historia de la historiografía jurídica* en el próximo número —el 19— de la REVISTA del mencionado Instituto.

que se concreta a la biografía española en el siglo XV ⁽²⁸⁾. En cuanto a la temática ceñida a lo metodológico, se ha compuesto una historia de la historiografía global que es "una visión de la historiografía a través del método", según reza el subtítulo de *Del epos a la historia científica* de Jorge Luis Cassani y Antonio J. Pérez Amuchástegui (1959).

En su *Historia de la historiografía española* (1941-1950), Sánchez Alonso hace que ambos tipos historiográficos —Historias política, religiosa, etc. y biografías, memorias, etc.— y, en mucho menor medida, lo metodológico —a través de sus referencias a los teóricos de la historia— constituyan unidades de sentido dentro de etapas de un tono uniforme, delimitadas por la aparición de producciones históricas significativas.

b) Propiamente temática.

Esta configuración se aviene a maravilla con la concepción historicista: tomando como eje un tema determinado, de índole y amplitud variables, el historiador de la historiografía procura poner de resalto la perspectiva distinta desde la que varios historiadores lo han contemplado en consonancia con sus épocas y actitudes espirituales.

Para los ensayos de configuración de esta suerte —no tan abundantes como sería de desear— se suelen escoger temas que por su complejidad y significación se hayan prestado a una gama de enfoques lo bastante vasta como para haber atraído a historiadores de las más variadas tesituras. Con este criterio ha encarado Pieter Geyl lo escrito sobre la Revolución Francesa en sus *French historians for and against the Revolution* ⁽²⁹⁾. Entidades político-culturales tan socorridas como Grecia o Roma podrían convertirse en centros de interés: no sabemos si las múltiples imágenes que de la historia romana traen, entre otros, San Agustín, Lenain de Tillemont, Gibbon, Mommsen, Boissier y Rostovtzev ⁽³⁰⁾ han sido aprehendidas historicistamente por algún historiador de la historiografía.

Es evidente que, pudiendo establecerse los asuntos según variadísimas categorías, las ocasiones de aplicar esta configuración se multiplican al infinito. A veces los temas se ofrecen al investigador ya recortados, con una individualidad propia, como en el caso de *La historia de la leyenda negra hispanoamericana* de Rómulo D. Carbia (1943); otras, son una verdadera creación del historiador, como el que plantea Luis Villoro sobre "cuál es el ser del indio que se manifiesta a la conciencia mejicana", para cuyo trata-

⁽²⁸⁾ JOSÉ LUIS ROMERO, *Sobre la biografía y la historia*, Buenos Aires, Sudamericana, 1945, p. 47-169. Obras como la *Geschichte der Autobiographie* —que se circunscribe a la Antigüedad— (1907) del alemán Georg Misch, se ocupan de un género que escapa a lo estrictamente histórico.

⁽²⁹⁾ Cfr. *Encounters in History*, 2ª ed., London, Collins, 1963, p. 115-187. Franco Venturi estudia, en cambio, a tres historiadores de la Revolución —Jaurès, Mathiez, Lefebvre— que parten de supuestos ideológicos parecidos. Cfr. *Jean Jaurès e altri storici della Rivoluzione francese*, Torino, Einaudi, 1948. Angel A. Castellán ha desarrollado el mismo tema —*La historiografía de la Revolución Francesa*— considerando a historiadores de épocas sucesivas y variados enfoques, en un curso de *Teoría e historia de la historiografía* dictado en 1962 en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNBA.

⁽³⁰⁾ MARROU, *op. cit.*, p. 229-230, cita dichas imágenes como ejemplo de la mutabilidad del conocimiento histórico.

miento debe examinar los puntos de vista de historiadores de distintas épocas, los cuales varían según el ritmo de las sucesivas cosmovisiones⁽⁸¹⁾.

2) Teleológica.

El historiador de la historiografía casi nunca ha tenido en cuenta para configurar su obra los fines perseguidos por los autores que estudia. Es lástima porque, de hacerlo, se mostraría, amén de cómo influyen dichos fines sobre las concepciones historiográficas, cómo va variando, al compás de los tiempos, la relación entre el historiador y su público. Síntomas de cambio serían el hecho de que el historiador apunte a un distinto objetivo —explicar en vez de entretener—; el hecho de que, conservando formalmente el objetivo, lo llene de un nuevo contenido —proporcionar cánones de “salvación” no ya religiosa sino política—; el hecho, en fin, de que, apartándose totalmente del público, cultive una erudición hermética.

Sería posible distinguir al menos cinco tipos de fines, que informan otros tantos tipos de historias —no exentos de imbricaciones y amalgamas—, los que pueden ser objeto de sendas Historias de la historiografía:

a) Historia de la historiografía narrativa.

Considera la evolución de los fines perseguidos por autores que cuentan por el deseo de informar y, a lo sumo, para que no se pierda la memoria de hombres y hechos que creen extraordinarios. Arrancando de Heródoto, pasa por las crónicas medievales y modernas para llegar a los escritos que, refiriendo superficialmente sucesos importantes o menudos pero siempre lo bastante llamativos, tienden hoy a excitar y, a la vez, a satisfacer la curiosidad del gran público.

b) Historia de la historiografía docente.

Pone de relieve las variaciones en los fines de los escritos de quienes, bajo el lema de *Historia magistra vitae*, pretenden que el pasado sirva de lección para el presente. Desde Tucídides, su ilustre fundador, abraza a toda la producción clásica, las hagiografías, las historias renacentistas y las posteriores —incluidas las actuales— de tono nacionalista o confesional. Muestra de una consideración nacional epocal de esta suerte de Historia de la historiografía es *La Crónica oficial de las Indias Occidentales* de Rómulo D. Carbia (1934).

c) Historia de la historiografía erudita.

Busca averiguar si a lo largo del tiempo se matizan los objetivos de los investigadores que ponen su mira en la acumulación y depuración de las fuentes antes que en la interpretación de los datos contenidos en ellas. Aquí, las obras de benedictinos y bolandistas han de codearse con las de los que en nuestros días, al decir de Ortega y Gasset, sobreestiman erróneamente a la metodología histórica⁽⁸²⁾.

(81) LUIS VILLORO, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, México, El Colegio de México, 1950.

(82) Aunque Croce considere con razón que las llamadas historias docente y erudita no son tales sino pseudohistorias, deben incluirse en una Historia de la historiografía historicista porque han sido generalmente tenidas por historias e influido de hecho sobre las concepciones historiográficas.

d) Historia de la historiografía genética.

Tomando en sentido lato la concepción de historia genética en Bernheim, son objeto de estudio de esta Historia de la historiografía los trabajos de aquellos que, mediante distintas categorías —desde causas o series lineales a variadas y complejas estructuras— tratan de captar y comprender la realidad histórica. Ante tanta diversidad de explicaciones y ordenamientos, huelga apuntar los múltiples y cambiantes objetivos que habrá de detectar.

e) Historia de la historiografía filosófica.

Se endereza a destacar cómo, según las circunstancias, se modifican los fines de los autores que, desde San Agustín a Toynbee, aspiran a ofrecer una visión global e inteligible de la historia, edificada ya sobre datos escasos y discutibles, ya sobre muy abundantes materiales heurísticos, pero explotados siempre de una manera más o menos arbitraria. Responden sólo parcialmente a los requerimientos de este tipo de Historia de la historiografía obras como la *Geschichte der Geschichtsphilosophie* de Johannes Thyssen (1936), enfocadas desde la perspectiva de la filosofía de la historia.

Parece innecesario añadir que, de acuerdo con la concepción historicista, las soluciones de la Historia de la historiografía son tan provisionales como las de otra Historia cualquiera, ya que sus cultivadores del futuro, desde sus nuevas circunstancias, darán distintas respuestas a los problemas que hoy nos preocupan y, a no dudarlo, se plantearán otros que acaso ni siquiera barruntamos. Sean éstos los que fueren, si como advierte sabiamente Pascal "Dieu parle bien de Dieu", nada más adecuado para un historiador que seguir interesándose por las obras de los historiadores que lo han antecedido.

DAISI RÍPODAS ARDANAZ.